

JOAN WALLACH SCOTT

GÉNERO E HISTORIA



UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

I. LA HISTORIA DE LAS MUJERES*

Pienso que lo que uno quiere es mucha información —¿y por qué uno de esos brillantes estudiantes de Newnham o Girton no podrían darla?—; ¿a qué edad se casó?; ¿y aproximadamente cuántos hijos tuvo?; ¿cómo era su casa?; ¿tenía un cuarto propio?; ¿cocinaba?; ¿tendría probablemente una criada? Todos estos hechos están en alguna parte, según parece, en los registros parroquiales y en los libros de cuentas. La vida de la mujer isabelina común debe haberse esparcido quién sabe por dónde, acaso alguien pueda recogerla y hacer un libro con ella. Pienso que sería ambicioso y demasiado osado buscar en las estanterías libros que no están allí para sugerirles a los estudiantes de esos famosos *Colleges* que deberían reescribir la historia, aunque confieso que a menudo ésta parece un poco rara, tal como es, irreal, desequilibrada; pero, ¿acaso no podrían ellos añadir un suplemento a la historia? Por supuesto, dándole un nombre poco llamativo, así las mujeres podrían figurar en ella sin impropiedad.

VIRGINIA WOOLF, *Un cuarto propio*

DURANTE la última década, el llamado de Virginia Woolf en favor de una historia de las mujeres —que había escrito más de 50 años antes— ya ha obtenido una respuesta.¹ Inspirándose directa o indirectamente en la agenda política del movimiento de mujeres, los historiadores no sólo documentaron las vidas de mujeres de mediana edad en varios periodos históricos, sino

* La versión original de este ensayo apareció en *Past and Present: A Journal of Historical Studies* (1983), núm. 101, pp. 141-157, bajo el título "Women in History: The Modern Period". Los derechos de autor están reservados a The Past and Present Society, 175 Banbury Rd., Oxford, Inglaterra. Agradezco a Ellen Furlough y a Sherri Broder las sugerencias de la primera versión. Aunque yo misma haya revisado sustancialmente el artículo original, las referencias bibliográficas que aparecen en las notas no están completamente actualizadas.

que también trazaron cambios en las posiciones económicas, educativas y políticas de las mujeres de varias clases sociales en la ciudad, en el campo y en las naciones-estado. Los libreros se han llenado de biografías de mujeres olvidadas, de crónicas de movimientos feministas y de cartas de autoras femeninas; los títulos de los libros tratan de temas tan dispares como el sufragio y el control de la natalidad. Han aparecido revistas académicas dedicadas exclusivamente a los estudios sobre las mujeres y al área todavía más especializada de la historia de las mujeres.² Al menos en los Estados Unidos se celebran importantes congresos dedicados a la presentación de trabajos académicos sobre la historia de las mujeres.³ Todo ello viene a añadirse a lo que ya se ha denominado con razón "el nuevo conocimiento acerca de las mujeres".

La producción de este conocimiento se da a través de una notable diversidad en cuanto a temas, métodos e interpretaciones, tanto que resulta imposible limitar el campo a una simple interpretación o postura teórica. No sólo existe una amplia variedad de temas de estudio, sino, además, muchos estudios de casos y muchos puntos de vista interpretativos que no se dirigen unos a otros ni tratan las mismas preguntas. Además, la historia de las mujeres no tiene una larga ni definible tradición historiográfica, dentro de la cual puedan debatirse y revisarse dichas interpretaciones. Por el contrario, el tema de las mujeres o bien se ha insertado en otras tradiciones o bien se ha estudiado de forma aislada dentro de éstas. Mientras algunas historias de mujeres trabajadoras se plantean, por ejemplo, cuestiones feministas contemporáneas acerca de las relaciones entre salarios y el estatus social, otras enmarcan sus estudios al interior de los debates entre marxistas y entre los marxistas y los teóricos de la modernización sobre el impacto del capitalismo industrial.⁴ La reproducción comprende un vasto terreno en el cual la fertilidad y la contracepción se estudian de diversas maneras. Algunas veces éstas se tratan dentro de los confines de la demografía histórica como aspectos de "la transición demográfica". También se suelen ver ya sea dentro del contexto de las discusiones sobre los complejos análisis políticos de los economistas políticos maltusianos y de los líderes trabajadores socialistas, o bien dentro de estructuras muy distintas, en las evaluaciones sobre las repercusiones de la "ideología de la domesticidad" en el siglo XIX en cuanto al poder de las mujeres en sus familias. Y aún otro enfoque hace hincapié en los debates feministas sobre la sexualidad y la historia de las reivindicaciones de las mujeres en cuanto al derecho de control sobre sus propios cuerpos. Además, algunos marxistas-feministas han redefinido la reproducción

como el equivalente funcional de la producción, en un esfuerzo por incorporar a las mujeres en el corpus de la teoría marxista.⁵ En el campo de la política, algunas investigaciones han pretendido demostrar simplemente que las mujeres debían encontrarse "en público", o bien ilustrar la incompatibilidad histórica entre las demandas feministas, por un lado, y la estructura y la ideología de los sindicatos y los partidos políticos organizados, por el otro (la "incapacidad" del socialismo, por ejemplo, para incorporar al feminismo). Otro enfoque bastante diferente de la política examina la organización interna de los movimientos políticos de las mujeres como una forma de documentar la existencia de una cultura femenina específica.⁶

Más que en muchas otras áreas de la indagación histórica, la historia de las mujeres se caracteriza por tensiones extraordinarias: entre la política práctica y la erudición académica; entre los niveles establecidos en el seno de cada disciplina y las influencias interdisciplinarias; entre la actitud ateórica de la historia y la necesidad de una teoría para el feminismo. Los historiadores feministas sienten estas tensiones de muchas maneras, quizá más agudamente cuando intentan identificar a un público potencial para sus trabajos. La naturaleza dispar de tal público puede conducir al empleo de argumentos desiguales y confusos en ensayos y libros individuales, lo cual hace imposible el tipo habitual de ensayo sintético sobre el estado de este campo de estudio.⁷

En cambio, se puede intentar desenredar de todo este vasto cúmulo de escritos alguna idea de los problemas que se enfrentan al producir nuevos conocimientos acerca de las mujeres. Sea cual sea el alcance del tema y su variedad, hay una dimensión común en la tarea de estos esfuerzos académicos de escuelas diferentes. Ésta consiste en hacer de las mujeres el foco del cuestionamiento, el tema de la historia, un agente de la narrativa, tanto si es una crónica de acontecimientos políticos (la Revolución francesa, los motines Swing, la primera o la segunda Guerra Mundial) y de movimientos políticos (el cartismo, la utopía socialista, el feminismo, el sufragio de las mujeres), o si es un recuento más analítico del desenvolvimiento de procesos de cambio social a gran escala (industrialización, capitalismo, modernización, urbanización, construcción de los estados-nación). Los títulos de algunos de los libros que abordan la historia del movimiento de las mujeres a principios de la década de los setenta expresan explícitamente las intenciones de sus autores: aquellas que estaban "ocultas de la historia" se "volvieron visibles".⁸ Aunque algunos títulos de libros recientes anuncien muchos temas nuevos, su misión sigue siendo la construcción de las mujeres como sujetos

históricos. Este esfuerzo va más allá de la búsqueda ingenua de los antecedentes heroicos del movimiento de mujeres contemporáneo, para hacer una nueva evaluación de los niveles establecidos de significación histórica. Culmina en la serie de preguntas que tan eficazmente planteaba Virginia Woolf: ¿puede un enfoque centrado en las mujeres "añadir un suplemento a la historia" sin por ello "reescribir la historia"? Aparte de esto, ¿qué debe implicar una reescritura feminista de la historia?

Estas preguntas han marcado la estructura del debate y la discusión entre quienes se han ocupado de escribir sobre las mujeres durante los últimos 15 años. Aunque se observen unas líneas claras, unas diferencias discernibles, tales preguntas se entienden mejor como asuntos de estrategia que como divisiones fundamentales. Cada estrategia tiene sus límites y pone énfasis en aspectos particulares, cada una plantea de forma algo diferente la dificultad de la escritura de las mujeres en la historia. El efecto acumulativo de estas estrategias ha sido la creación de un nuevo campo de conocimiento, marcado no sólo por tensiones y contradicciones sino también por una compleja y creciente comprensión de lo que conlleva el hecho de "reescribir la historia".

Esta comprensión no sólo ha surgido de los debates internos en el campo de la historia de las mujeres; también se ha ido configurando en relación con la misma disciplina de la historia. Las feministas han documentado la vida de las mujeres en el pasado, han aportado información que representa un desafío hacia las interpretaciones aceptadas de algunos periodos o acontecimientos en particular. También han analizado las condiciones específicas de la subordinación de las mujeres y por todo ello se han encontrado con la poderosa resistencia de la historia, en tanto cuerpo disciplinario de conocimiento y en tanto institución profesional. El hecho de haber enfrentado tal resistencia ha dado una ocasión para experimentar distintas formas de ira, alejamiento y la formulación de nuevas estrategias. Esto también ha provocado análisis sobre la naturaleza de la misma historia, tan profundamente dividida en géneros. El proceso global ha suscitado una indagación en torno a los términos críticos, los conceptos y la teoría, que son condiciones previas de la reescritura feminista de la historia.

Muchas investigaciones han girado en torno a la cuestión de la mujer como sujeto, es decir, como un sujeto activo de la historia. ¿Cómo pueden las mujeres conseguir el estatus de sujetos en un campo que las ha subsumido o ignorado? ¿Bastará con hacer visibles a las mujeres para rectificar el abandono del pasado? ¿Cómo podrían añadirse las mujeres a una histo-

ria que se presenta como el relato universal de la humanidad, que pone como ejemplos las vidas de los hombres? Puesto que la especificidad o la particularidad de las mujeres ya ha hecho de ellas unas representantes inadecuadas del género humano ¿de qué manera la atención que se preste a las mujeres podrá socavar esta idea en lugar de reforzarla? La historia de la historia de las mujeres durante la última década y media ilustra la dificultad de encontrar respuestas fáciles a todas estas preguntas.

En este ensayo examinaré esta historia como una forma de exploración de los problemas filosóficos y políticos que han encontrado quienes producen nuevos conocimientos sobre las mujeres. Me ocuparé principalmente de la producción académica estadounidense sobre los siglos XIX y XX porque estoy más familiarizada con ella, y porque en los Estados Unidos es donde se han elaborado de forma más completa los debates teóricos sobre la historia de las mujeres.⁹

Un enfoque del problema de la constitución de las mujeres en sujetos históricos —el primero que se hace cronológicamente— consistió en recoger información sobre ellas y en escribir “la historia de ellas” (como la llamaron algunas feministas). Al jugar con la palabra “historia”,* la intención era dar valor a una experiencia que ha sido ignorada —y en consecuencia devaluada— y dar al mismo tiempo agencia femenina en el quehacer de la historia. Los hombres podían verse como un grupo más de actores históricos; y la disciplina debía tomar explícitamente en cuenta a las mujeres, tanto si sus experiencias fueron similares o diferentes a las de los hombres.

“La historia de ellas” ha sido utilizada de muy distintas formas. Algunas historiadoras recogen datos sobre las mujeres para demostrar su semejanza esencial como sujetos históricos respecto a los hombres. Tanto si descubren la participación de las mujeres en los acontecimientos políticos más importantes, como si escriben acerca de las acciones políticas de éstas en su propio nombre, los historiadores intentan introducir un tema nuevo —las mujeres— en categorías históricas ya establecidas, e interpretan sus acciones en términos reconocibles para los historiadores políticos y sociales. Un ejemplo de este enfoque es el mirar al movimiento político de las mujeres desde la perspectiva de los miembros de la base, y no de la de sus líderes. En la mejor

* El término *her-story* (la “historia de ellas”) hace un juego de palabras con el adjetivo posesivo femenino en inglés *her*, y el sustantivo *story* (relato o narración). La palabra *her-story* se opone a la *history*, o historia que, según esta lectura iconoclasta, estaría compuesta por el adjetivo posesivo masculino en inglés *his*, y el sustantivo historia. [T.]

tradición de la historia social del trabajo (inspiradas por la obra de E. P. Thompson), Jill Liddington y Jill Norris presentan un recuento sensible y esclarecedor de la participación de las mujeres obreras en la campaña a favor del sufragio en Inglaterra. Sus materiales, extraídos en su mayor parte de los registros de Manchester y de los relatos orales que recolectaron, documentan la participación de las mujeres obreras en la lucha para obtener el voto (las historias previas lo describieron como un movimiento casi por completo de clase media) y vinculan las reivindicaciones de estas mujeres a favor del sufragio con su trabajo, con su vida familiar y con las actividades del sindicato y de los organizadores del Partido Laborista. Se cuestiona la predominancia y el buen hacer del ala Pankhurst de este movimiento por su elitismo y su insistencia en el separatismo de las mujeres (una posición rechazada por la mayoría de sufragistas).¹⁰ El libro de Steven Hause sobre la historia del movimiento del sufragio de las mujeres en Francia es otro ejemplo ilustrativo. El autor interpreta la debilidad y la pequeña talla del movimiento (en comparación con sus homólogos ingleses y estadounidenses) como el producto de las ideologías e instituciones del catolicismo francés, del legado del derecho romano, del conservadurismo de la sociedad francesa y de la peculiar historia política del republicanismo francés, especialmente del Partido Radical durante la Tercera República.¹¹

Otra estrategia asociada con "la historia de ellas" aporta pruebas sobre las mujeres y las utiliza para desafiar las ideas recibidas sobre el progreso y la regresión. A este respecto, se ha compilado un cúmulo de pruebas para demostrar que el Renacimiento no representó un auténtico renacimiento para las mujeres,¹² que la tecnología no condujo a la liberación de las mujeres, ni en el lugar de trabajo ni en el hogar,¹³ que "el tiempo de las revoluciones democráticas" excluyó a las mujeres de la participación política,¹⁴ que la "afectuosa familia nuclear" limitó el desarrollo emocional y personal de las mujeres,¹⁵ y que el surgimiento de la ciencia médica privó a las mujeres de autonomía y del sentido de comunidad femenina.¹⁶

Otro tipo de investigación, siempre desde la posición de "la historia de ellas", se aleja de la estructura de la historia convencional y presenta una nueva narrativa, una periodización diferente y diferentes causas. Esta pretende esclarecer las estructuras de las vidas de las mujeres comunes y de las mujeres notables, y descubrir la naturaleza de la conciencia feminista o femenina que motivó su comportamiento. Se admiten habitualmente el patriarcado y la clase como los contextos en el interior de los cuales las mujeres de los siglos XIX y XX definieron su experiencia, y se destacan los momentos

en que se intensificó la colaboración entre mujeres de distintas clases para luchar directamente contra la opresión de las mujeres. El aspecto más destacable de este enfoque consiste en que se basa exclusivamente la agencia social de las mujeres, en el papel activo que tuvieron las mujeres en su historia, y aquellos aspectos de su experiencia como mujeres, que son nítidamente distintas de la experiencia de los hombres. Las pruebas utilizadas en este tipo de investigación documentan las expresiones, ideas y acciones de las mujeres. La explicación y la interpretación se estructuran dentro de los términos de la esfera de las mujeres: mediante el examen de la experiencia personal y de las estructuras familiares domésticas, de las reinterpretaciones colectivas (propuestas por mujeres) de las definiciones sociales del papel de las mujeres y de las redes de amistad femenina que proveían un sustento físico y emocional.

La exploración de la cultura de las mujeres nos ha conducido hasta las ideas brillantes de Carroll Smith-Rosenberg al "mundo de amor y ritos de las mujeres" en Estados Unidos durante el siglo XIX,¹⁷ a una insistencia en los aspectos positivos de la ideología doméstica del mismo periodo,¹⁸ a una lectura dialéctica de la relación entre las acciones políticas de las mujeres de clase media y las ideas sobre el sexo femenino, que las confinaron en los ámbitos domésticos¹⁹ y a un análisis de la "ideología reproductiva" que construyó el mundo de las burguesas del norte de Francia a mediados del siglo XIX.²⁰ Esto ha llevado a Carl Degler a argumentar que las mujeres americanas crearon por sí mismas la ideología de su esfera separada para mejorar su autonomía y estatus. En dicha versión de los hechos, las mujeres crearon un mundo que no estaba ni dentro de ni en oposición a las estructuras opresivas o a las ideas que otros les habían impuesto, y lo crearon para fomentar un conjunto de intereses de grupo, definidos y articulados desde dentro del mismo grupo.²¹

El enfoque de "la historia de ellas" ha tenido importantes repercusiones en la erudición histórica. Por la acumulación de pruebas sobre las mujeres en el pasado, este enfoque refuta las declaraciones de quienes insisten en que las mujeres carecen de historia, que no tuvieron un lugar significativo en los relatos sobre el pasado. Y todavía va más lejos, al modificar algunos de los criterios de significación histórica, cuando afirma que "la experiencia subjetiva y personal" importa tanto como "las actividades públicas y políticas", lo que vale más que decir que las últimas influyen a las primeras.²² Asimismo, demuestra que es necesario conceptualizar el sexo y el género en términos históricos, si es que algunos de los motivos de las acciones de las

mujeres han de ser comprendidos. También establece la legitimidad de las narrativas acerca de las mujeres, así como la importancia general de las diferencias de género en la conceptualización y la organización de la vida social. No obstante, este enfoque corre algunos riesgos al mismo tiempo. Primero, algunas veces mezcla dos operaciones separadas: la valoración de la experiencia de las mujeres (considerándola de valor para el estudio) y la evaluación positiva que cada mujer dijo o hizo.²³ Segundo, tal enfoque tiende a aislar a las mujeres como si fueran un tema especial y separado de la historia, tanto si dicho enfoque persigue cuestiones distintas, si presenta diferentes categorías de análisis, o si tan sólo examina documentos diferentes. Actualmente se está desarrollando para los interesados una importante historia de mujeres para complementar y enriquecer las historias convencionales, pero también ésta corre el riesgo de ser consignada a la "esfera separada" que con el tiempo se ha asociado exclusivamente con el sexo femenino.

"La historia de ellas" se ha desarrollado en relación con la historia social. En efecto, ésta toma a menudo la iniciativa de los métodos y concepciones desarrollados por los historiadores sociales. La historia social dio, en diferentes formas, un gran apoyo a la historia de las mujeres. Primero, aportó las metodologías para la cuantificación, para la utilización de los detalles de la vida cotidiana y para los préstamos interdisciplinarios de la sociología, demografía y etnografía. Segundo, conceptualizó como fenómenos históricos las relaciones de familia, la fertilidad y la sexualidad. Tercero, la historia social desafió la línea narrativa de la historia política ("los hombres blancos hicieron la historia") tomando como temas de sus investigaciones los procesos sociales a gran escala, tal como se manifestaban en muchas dimensiones de la experiencia humana. Esto nos conduce a la cuarta influencia, la legitimación de un interés centrado en grupos habitualmente excluidos de la historia política. El relato de la historia social trata fundamentalmente procesos o sistemas (como el capitalismo o la modernización, dependiendo de la actitud teórica del historiador), pero se narra a través de las vidas de grupos particulares de gente, que son los sujetos manifiestos, aunque no siempre actuales, de la narrativa. Puesto que las relaciones humanas de todo tipo constituyen una sociedad, se pueden estudiar una variedad de grupos y temas para evaluar el efecto de los procesos de cambio, y resulta relativamente fácil extender la lista de los obreros, campesinos, esclavos, élites y diversos grupos sociales o laborales hasta incluir a las mujeres. Así, por ejemplo, se emprendieron estudios sobre el trabajo de las mujeres, como

muchos estudios sobre los obreros, para evaluar los efectos del capitalismo o para comprender sus operaciones.

Estos estudios nos han conducido a la proliferación de aquella "masa de información" que pedía Virginia Woolf. También han documentado la extraordinaria gama de trabajos que las mujeres mantienen y han trazado patrones sobre la participación de la mujer en la fuerza de trabajo según la edad, el estado civil y los ingresos del hogar, dejando de lado la idea de que se puede generalizar, categóricamente, sobre las mujeres y el trabajo. Los estudios han mostrado que las mujeres constituían sindicatos e iban a la huelga, aunque lo hacían siguiendo ritmos diferentes a los de los hombres. Dichos estudios también han examinado escalas de salarios y han trazado cambios en las oportunidades de empleo, sugiriendo una mayor importancia de la demanda respecto de la oferta en la estructuración de los mercados de trabajo femenino.²⁴

De igual modo, también existe un rico debate interpretativo. Algunos historiadores insisten en que los ingresos salariales mejoran el estatus de las mujeres; otros, que las mujeres eran explotadas por ser una oferta de trabajo barata y, en consecuencia, los hombres percibieron a las mujeres como una amenaza para el valor de su propio trabajo. Mientras algunos historiadores señalan que las divisiones familiares del trabajo atribuían un valor económico al papel doméstico de una esposa, otros han argumentado que el conflicto familiar está basado en el control de los salarios. Quienes sostienen que esta segregación sexual socava el control de las mujeres sobre su trabajo y limita su capacidad organizativa para declararse en huelga son desafiadas por quienes sugieren que, cuando las mujeres tienen bajo su control los recursos suficientes entonces emprenden acciones colectivas idénticas a las de los hombres. Todo esto indica la necesidad no sólo de mirar a las mujeres sino de analizar su situación en relación con los hombres, de introducir en los estudios generales de la historia del trabajo cuestiones sobre la organización familiar y de los mercados del trabajo que sufren segregación sexual.²⁵

La historia social, a la vez que ha permitido la documentación sobre temas como el de la historia del trabajo de las mujeres, también ha presentado problemas para los historiadores feministas. Por un lado, la historia social hizo un lugar para el estudio de las mujeres al particularizar y pluralizar los temas de las narrativas históricas —ninguna figura universal individual podría representar la diversidad de la naturaleza humana. Por el otro, la historia social redujo a los agentes humanos a una función de fuerzas económicas, haciendo del género uno de sus muchos subproductos. Las mujeres

no son más que uno de los grupos que movilizan recursos, un grupo modernizado o explotado, que lucha por el poder, o que es excluido de alguna política. Las cuestiones feministas sobre la particularidad de las mujeres y la importancia de las relaciones sociales entre los sexos tienden a desplazarse o a subsumirse dentro de los modelos económicos y behavioristas.

Tanto "la historia de ellas" como la historia social establecen a las mujeres como sujetos históricos; en efecto, muy a menudo hay enfoques que se superponen o forman intersección en la historia de las mujeres. Sin embargo, difieren en sus implicaciones fundamentales porque cada uno adopta una perspectiva analítica algo distinta. La historia social admite que la diferencia de género puede explicarse dentro del marco existente de la actual explicación (económica); es decir, el género no es una cuestión que requiera ser estudiada en sí. En consecuencia, el tratamiento de la historia social de las mujeres tiende a ser demasiado integracionista. "La historia de ellas", en contraste, admite que el género explica las diferentes historias de hombres y mujeres, pero no teoriza acerca de cómo el género opera históricamente. Por esta razón, sus relatos parecen ser únicamente sobre mujeres y pueden leerse de una forma demasiado separatista.

Por supuesto, los intentos de conceptualización del género también forman parte de la historia de las mujeres y han circulado a través de discusiones y debates desde un principio. Joan Kelly, en sus últimos trabajos, estableció que el objetivo principal de la historia de mujeres era la creación del sexo "como un aspecto fundamental de nuestro análisis del orden social, al lado de otras clasificaciones como la clase y la raza".²⁶ Para Natalie Zemon Davis el objetivo era "comprender el significado de los sexos y de los grupos de género en el pasado histórico".²⁷ Esto podría llevarse a cabo examinando las definiciones sociales del género, según las expresaban hombres y mujeres y según las construyeron e influenciaron las instituciones políticas y económicas, las cuales reflejan una gama de relaciones que incluyen no sólo el sexo sino también la clase y el poder. Los resultados arrojarían nueva luz tanto en lo que se refiere a la experiencia de las mujeres como a las prácticas sociales y políticas.

Hasta ahora, el estudio del género ha sido, en general, una cuestión de método para los historiadores. Éste consiste en comparar la situación de las mujeres a la de los hombres, implícita o explícitamente, basándose en el derecho, en la literatura prescriptiva, en la representación iconográfica, en la estructura institucional y en la participación política. Temma Kaplan, por

ejemplo, examinó en *Los anarquistas de Andalucía* (Anarchists of Andalucía), los distintos llamamientos de este movimiento político a hombres y mujeres, y las diferentes formas, todas ellas complementarias, en que hombres y mujeres campesinos y obreros se organizaron para la lucha revolucionaria. El estudio paralelo de hombres y mujeres dentro del movimiento anarquista nos muestra cómo se servían de ciertos aspectos de las relaciones de género para articular el ataque de este movimiento político concreto contra el capitalismo y el Estado.²⁸ Tim Mason desarrolló importantes ideas acerca de “la función reconciliadora de la familia” en la Alemania nazi, a resultas de una investigación sobre la posición de las mujeres y las políticas hacia ellas. El material factual que recogió sobre las mujeres, de quienes dice que fueron, mayoritariamente, “no actores” en la política del periodo, aportó una nueva posición estratégica, excepcional y provechosa, desde cuya perspectiva el comportamiento de los actores podría ser reinterpretado, y de verdad que debería serlo.²⁹ Tomando en cuenta la sugerencia de Foucault (en la *Historia de la sexualidad*), según la cual la sexualidad no fue reprimida sino que estaba en el centro de los discursos modernos, Judith Walkowitz ahondó en la campaña de Josephine Butler contra las enfermedades contagiosas en la Inglaterra del final de la época victoriana. Walkowitz situó la relación de este exitoso movimiento de mujeres, cuyo objetivo era combatir el doble lenguaje de la moralidad sexual, en el contexto de las divisiones económicas, sociales, religiosas y políticas de la sociedad inglesa.³⁰ Dicho estudio señala la importancia que tuvieron los miembros del Parlamento y las máximas figuras profesionales, hombres y mujeres, en los debates sobre la conducta sexual. Estos debates se realizaban “en público”, y daban lugar a cambios legales e institucionales. Por consiguiente, la conducta sexual fue una cuestión política explícita, por lo menos durante algunas décadas. La articulación de los significados de las diferencias sexuales también fue crucial en determinados momentos de la Revolución francesa, cuando la ciudadanía y la participación política estaban en curso de definición. Darlene Levy y Harriet Applewhite estudiaron las proclamas que ilegalizaban los clubes de mujeres en 1793, en nombre de la protección de la feminidad y la domesticidad. Y Lynn Hunt llamó la atención respecto a la forma en que los jacobinos utilizaban la masculinidad para representar al pueblo soberano.³¹

Todos estos estudios comparten una preocupación común con la política, y más específicamente con los gobiernos en cuyo ámbito se negocian formalmente las relaciones de poder. Como tales, éstas nos indican la importancia de conectar el estudio del género con el estudio de la política. Esto

es así porque las ideas y las estructuras políticas configuran y marcan los límites del discurso público y de todos los aspectos de la vida, incluso de aquellos ciudadanos que están excluidos de la participación en la política. Los "no actores", según el término de Mason, actúan de acuerdo con las normas establecidas en el ámbito político; la esfera privada es una creación pública. Incluso quienes no figuran en las relaciones oficiales participan haciendo la historia; y quienes están silenciosos hablan con elocuencia de los significados del poder y de los usos de la autoridad política.

Tal hincapié conduce directamente la historia de las mujeres a la historia política, campo donde prevalecen las narrativas cuyos sujetos centrales son masculinos. Dicho énfasis también empieza a desarrollar una forma de pensar históricamente sobre el género, porque llama nuestra atención sobre las maneras en que se producen los cambios en el mundo del derecho, en la política y en las representaciones simbólicas. Además, tal énfasis conlleva una explicación social en vez de una explicación biológica o caracterológica de las diferentes conductas o de las desiguales condiciones de hombres y mujeres. Sin embargo, al mismo tiempo, este hecho parece socavar el proyecto feminista al olvidar a los agentes femeninos y al disminuir, implícitamente, la importancia histórica de la vida personal y social —familia, sexualidad, sociabilidad— las áreas en las cuales las mujeres han participado visiblemente.

Las contradicciones que presentan estos distintos enfoques con referencia a la historia de las mujeres no han impedido la producción de nuevos conocimientos al respecto. Esto es evidente en la multiplicación de los trabajos y cursos sobre la historia de las mujeres, y en el creciente número de revistas especializadas y libros que los editores han capitalizado de tan buena gana. Las contradicciones también han resultado productivas en otros aspectos; al buscar una solución han impulsado esfuerzos para formular teorías, y han asentado una reflexión sobre el proceso mismo de la escritura de la historia. Cuando estos distintos enfoques se ponen en diálogo unos con otros, entonces pueden llevar más lejos el debate; pero creo que sólo podrán conseguirlo cuando los términos clave del análisis sean examinados y redefinidos. Esos términos de análisis son tres: la mujer como sujeto, el género y la política.

Aunque la producción académica sobre la cuestión del "sujeto" sea cada vez más abundante (especialmente en psicoanálisis) y debería formar parte de la discusión sobre las mujeres en la historia, tan sólo quiero hacer aquí

una puntualización. Ésta tiene que ver con la cuestión de la particularidad de las mujeres —que la experiencia de “la historia de ellas” se ha encargado de hacer tan evidente— en relación con la universalidad de los hombres. La figura abstracta del individuo poseedor de derechos, que se convirtió en el centro del debate político liberal en los siglos XVII y XVIII, por alguna razón se encarnó en la figura masculina y es esa historia (*history* o la “historia de ellos”) la que los historiadores han contado con toda suerte de detalles. Los estudios académicos feministas reiteradamente enfrentan la dificultad de incluir a las mujeres en esta representación universal puesto que, como sus trabajos lo muestran, el contraste entre la particularidad femenina sirve para asegurar la universalidad de la representación masculina.

Parece indudable que concebir a las mujeres como actores históricos, con el mismo status que los hombres, nos exige tener una idea de la particularidad y de la especificidad de todos los sujetos humanos. Los historiadores no pueden utilizar un sujeto representativo único y universal para las diversas poblaciones de una determinada sociedad o cultura, sin conceder un grado distinto de importancia a un grupo en detrimento de otro.³² No obstante, la cuestión de la particularidad plantea cuestiones sobre las identidades colectivas y sobre si todos los grupos pueden compartir siempre la misma experiencia. ¿Cómo hacen los individuos para convertirse en miembros de los grupos sociales? ¿Cómo se han definido y formado los grupos de identidad? ¿Qué mueve a la gente a actuar como miembros de un determinado grupo? ¿Son comunes o variables los procesos de identificación grupal? ¿Cómo se las arreglan aquellas mujeres que están marcadas por múltiples diferencias (mujeres negras o mujeres obreras, lesbianas de clase media u obreras negras lesbianas) para determinar los puntos más destacados de una u otra de estas identidades? ¿Pueden concebirse estas diferencias desde una perspectiva histórica, cuando todas juntas constituyen los significados de las identidades colectivas e individuales? ¿Cómo podemos escribir historia tomando en cuenta la sugerencia de Teresa de Lauretis en el sentido de que las diferencias entre las mujeres se entienden mejor como “diferencias dentro del colectivo de las mujeres”?³³

Si el grupo o categoría “mujeres” debe ser objeto de investigación, entonces el género —los múltiples y contradictorios significados atribuidos a la diferencia sexual— es un instrumento analítico de importancia.³⁴ El término “género” sugiere que las relaciones entre los sexos son un aspecto prioritario de la organización social (en lugar de derivar de las presiones económicas o demográficas); que los términos de identidad femenina y masculina

están, en gran parte, determinados culturalmente (y no son enteramente producidos por los individuos o las colectividades); y que las diferencias entre los sexos constituyen estructuras sociales jerárquicas que a la vez son constituidas por éstas.

El giro hacia la historia política que han dado quienes están interesados en escribir sobre el género, ha introducido ideas de impugnación, conflicto y poder en el proceso de la determinación cultural de los términos de diferencia sexual. Pero al estudiar el poder tal como se ejerce y en relación con las autoridades gubernamentales, la disciplina de la historia ha eliminado innecesariamente algunos ámbitos importantes de experiencia. Esto no habría ocurrido si se hubiera utilizado una idea de "política" más amplia, una que concibiera todas las relaciones desiguales como algo "político" ya que éstas implican una distribución desigual del poder, y tampoco hubiera ocurrido si se hubiera preguntado cómo tales relaciones desiguales se han establecido, rechazado o mantenido. Aquí parece válido citar en extenso la discusión de Foucault sobre las relaciones de poder en el primer volumen de la *Historia de la sexualidad*:

El problema a resolver no debe pues consistir en lo siguiente: habida cuenta de determinada estructura estatal ¿cómo y por qué "el" poder necesita instituir un saber sobre el sexo? No será tampoco: ¿a qué dominación del conjunto sirvió el cuidado puesto (desde el siglo XVIII) en producir sobre el sexo discursos verdaderos? Ni tampoco: ¿qué ley presidió al mismo tiempo, a la regularidad del comportamiento sexual y a la conformidad de lo que se decía sobre el mismo? Sino, en cambio: en tal tipo de discurso sobre el sexo, en tal forma de extorsión de la verdad que aparece históricamente y en lugares determinados (en torno al cuerpo del niño a propósito del sexo femenino, en la oportunidad de prácticas de restricciones de nacimientos, etc.), ¿cuáles son las relaciones de poder, las más inmediatas, las más locales, que están actuando? ¿Cómo tornan posibles esas especies de discursos e, inversamente, cómo esos discursos les sirven de soporte? [...] *Grosso modo*: en lugar de referir a la forma única del gran Poder todas las violencias infinitesimales que se ejercen sobre el sexo, todas las miradas turbias que se le dirigen y todos los sellos con que se oblitera su conocimiento posible, se trata de inmergir la abundosa producción de discursos sobre el sexo en el campo de las relaciones de poder múltiples y móviles".³⁵

Este enfoque acabaría con las evidentes dicotomías como el Estado y la familia, lo público y lo privado, el trabajo y la sexualidad. Y plantearía pre-

guntas sobre las conexiones internas entre los ámbitos de la vida y la organización social que ahora se abordan por separado. Con esta noción de política se puede presentar una crítica de la historia que la caracterice no simplemente como un registro incompleto del pasado sino como un elemento participativo en la producción del conocimiento que legitima la exclusión o la subordinación de las mujeres.

Por lo tanto, el género y la política no son antitéticos, ni el uno respecto al otro, ni para el rescate del sujeto femenino. Definidos más ampliamente, éstos diluyen las distinciones entre lo público y lo privado e invalidan los argumentos sobre las cualidades independientes y particulares del carácter y la experiencia de las mujeres. Asimismo, el género y la política desafían la exactitud de las distinciones binarias preestablecidas entre hombres y mujeres, en el pasado y en el presente, y presentan la naturaleza auténticamente política de la historia escrita en esos términos. Sin embargo, la sola declaración de que el género es una cuestión política no es suficiente. La comprensión de la potencialidad radical de la historia de las mujeres llega con los escritos de las historias que se basan en las experiencias de las mujeres y que analizan las distintas formas en que la política construye el género y el género construye la política. La historia feminista se convierte así, no en el recuento de las grandes obras llevadas a cabo por las mujeres sino en la exposición de las tan a menudo silenciadas y ocultadas operaciones del género, que son, sin embargo, fuerzas con una presencia y una capacidad de definición en la organización de la mayoría de sociedades. La historia de las mujeres debe enfrentarse críticamente a la política de las historias existentes, y así empieza inevitablemente la reescritura de la historia.